

DE NIÑA PRODIGIO A PRIMERA ESTRELLA



Jill St. John cobró el año pasado por su actuación en cuatro películas un total de seis millones de pesetas. Ha conseguido situarse entre las jóvenes estrellas de Hollywood con más posibilidades. Su aspecto físico recuerda algo al de Kim Novak y se desenvuelve dentro de un estilo interpretativo parecido al de la estupenda Kay Kendall.

JILL ST. JOHN

UNA NUEVA KAY KENDALL, CON ALGO DE KIM NOVAK

LA puerta de aquel piso de Beverly Hills, de cuatro habitaciones, estaba cerrada con doble cerradura y cerrojo. Colgada del picaporte, una tarjeta escrita a mano decía: «Váyase.» Dentro del piso, la habitación estaba llena de humo: el humo salía de la chimenea de un tren de juguete, que serpenteaba abriéndose camino entre un laberinto de vías. Solo, ante un cuadro de mandos, una muchacha pelirroja daba grititos, contemplando, entusiasmada, el espectáculo. Desparatados por el living, osos de felpa, serpientes y las más diversas clases de animales, rellenos de verrín. Y elefantes: cuadros de elefantes, dibujos, fotografías, colmillos, tallas, chucherías, joyas... y un taburete en forma de elefante. Se diría que estamos hablando del apartamento de una niña o, en todo caso, de una adolescente. Sin embargo, esta presunta niña-adolescente se embolsó el año pasado cien mil dólares por su actuación en cuatro films: «Come Blow Your Horns», «Who's Been Sleeping in My Bed?», «Who's Minding the Store?»

y «Honeymoon Hotel». Una bonita suma que Jill St. John sabe administrar bien y que, incluso, le permite derrochar algo en sus «hobbies».

Pocas veces tuvo tiempo para estas distracciones durante su infancia. Cuando tenía cinco años, su madre, esposa del dueño de un restaurante de Beverly Hills —ahora trabaja en el negocio de compraventa de fincas— enroló a Jill en una modesta compañía de teatro infantil. El debut de la pequeña fue tan prometedor que, inmediatamente, su madre la matriculó en cursos de canto y baile, e inició con ella el peregrinaje de empresario en empresario. A la edad de seis años, de pie sobre una caja, para alcanzar el micrófono, Jill interpretó su primer papel en un serial radiofónico. Un año más tarde conseguía un contrato en exclusiva por seis años en una importante emisora radiofónica. En total, a lo largo de todo este tiempo, intervendría en más de mil programas. Simultáneamente este trabajo con el de maniquí de modas infantiles. «Mi madre deseó siempre que yo entrara en el mundo del espectáculo —dice Jill—. Era

una de esas madres ansiosas de que sus hijos triunfen en los escenarios y sean populares. El único modo de convertirse en una niña actriz es que la propia madre te empuje.» Sus tareas escolares debía realizarlas entre emisión y emisión. Jill recuerda aquellos años como un período de soledad. «No vivíamos nunca donde hubiera otros niños con los que poder jugar. Siempre estaba sola y creo que a eso se debe que sea ahora tan amiga de la soledad. No he tenido nunca infancia.» Fue su madre quien decidió cambiar su nombre de Oppenheim por el de St. John. A los dieciséis años, Jill estaba completamente desarrollada y se había convertido en una verdadera belleza: la cirugía plástica había modificado su nariz. Era una chica realmente atractiva: tanto que Neil Dubin, propietario de una lavandería, se fugó con ella a Las Vegas, pese a las objeciones de los padres de la muchacha. «Quería escaparme, necesitaba independencia, libertad y todas esas cosas tontas que uno quiere a semejante edad. Inmediatamente, comprendí que había cometido un grave error.»





Lance Reventlow. Pero la diferencia principal residía en la pasión desmedida de él por las carreras de coches. «Mis gustos son demasiado estéticos para que me entusiasme con la velocidad —comentaba Jill—, Lance tiene mayor interés por las carreras que por mí.» Al terminar su contrato con la 20th Century Fox, después de un prolongado período de ociosidad, Jill estimó que el matrimonio perjudicaba su carrera. «Nadie me tomaba en serio, por estar casada con un joven ocioso, muy conocido en los círculos sociales. La gente pensaba que una mujer como yo, que tenía todas esas cosas, realmente no quería trabajar.» Diecinueve meses después de la boda, Jill cogió sus siete armarios de ropa y los trasladó a un piso amueblado. El pasado octubre obtuvo el divorcio de Lance, en una audiencia de tres minutos, sin que nadie se opusiera. Le concedieron cien mil dólares por el arreglo y ella guardó su pulsera de pedida, llena de diamantes, en la caja fuerte: «Es, probablemente, mi joya favorita —reconoce con nostalgia—, pero no puedo llevarla ahora...»

Por encima de sus dificultades sentimentales, Jill St. John se ha convertido, en cuestión de pocos años, en un valor firmemente cotizado del mercado hollywoodense. Su aspecto físico recuerda, a partes iguales, a Kim Novak y Kay Kendall. Hora tras hora, en habitaciones oscuras Jill proyecta viejos films de Kay Kendall, que alquila a cincuenta dólares cada uno. Es un duro y penoso aprendizaje. Para impulsar más aún esa carrera hacia el estrellato, Jill St. John ha adquirido un «Mercedes 300 SL» y ese guardarropia que pasa por alta costura en Hollywood: cinco docenas de pantalones ceñidos, cincuenta jerseys, treinta y cinco pares de zapatos, bikinis de todos los colores concebibles y un generoso surtido de ropa marca Dior y Chanel.

Es evidente que Jill St. John ocupa actualmente un lugar de privilegio en el firmamento de Hollywood. Su reciente inclusión en el clan Sinatra —ha trabajado en una película con él— le garantiza situarse definitivamente: «Afortunadamente —declara Jill—, todos los amigos de Frank son muy influyentes.» Jill St. John piensa en su carrera, que lleva un camino meteórico, y a todos aquellos que le recuerdan su agitada vida social, sus acompañantes, cada vez más numerosos: Baby Pignatari, Oleg Cassini, Glenn Ford, los recuerda: «No quiero nada que me ate. Mi carrera es más importante, para mí, que nada ni nadie. Esto puede parecer cruel, pero así debe ser si una quiere llegar a actriz. Generalmente, sólo tenemos una oportunidad de triunfar, y yo tengo esa oportunidad ahora...»

(Fotografías ZARDOYA-CAMERA PRESS)

Viví con Dubin un mes solamente. El divorcio lo obtuvieron un año después. Su segundo matrimonio duró algo más. En marzo de 1960 se casó con el multimillonario Lance Reventlow. Este era un muchacho muy ocupado; pasaba gran parte del día esquiando, participando en las regatas de yates, jugando al polo, zambulléndose y corriendo con su «Scarab», un coche Grand Prix en el que había invertido dos millones de dólares. Jill estableció su hogar en la casa de trescientos cincuenta mil dólares, que Reventlow poseía en Beverly Hills, regalo en su veintión cumpleaños, de su madre. El servicio estaba compuesto por un mayordomo y una doncella. La finca, estilo Inglés Regencia, situada en hectárea y media de terreno libre de nieblas, encima de Sunset Boulevard, tenía chimeneas de mármol por todos los rincones, y una piscina de forma caprichosa que se salía del patio para introducirse en el cuarto de estar, en forma de cueva. Las dificultades matrimoniales comenzaron por los cuantiosos gastos de Jill, excesivos incluso para un hombre del potencial económico de

